

**REINOS**  
CONDENADOS  
VOLOMEN I

# EN LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Manuel Martín Gómez  
Modesto Medina de la Torre

## CAPÍTULO 6: UNA LEJANA ESPERANZA



**MANIUM AEVUM**

España

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de este capítulo por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2018, Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© 2018, Manium Aevum (Reinos Condenados). Salobreña (Granada).

Más información en: <https://www.reinoscondenados.com>

## NOTAS PRELIMINARES

Nos hemos sumergido en una época histórica complicada: la Alta Edad Media. Nuestro enemigo no ha sido sólo la escasez de información, contrastada tras más de quince años de investigación, sino la errada tendencia de asociar la Edad Media a caballeros pulcros y cortesés, vestidos con brillantes armaduras, y también a damas educadas y complacientes. Esta imagen idílica y romántica del medievo, difundida desde hace más de doscientos años, no ha sido del todo filtrada por nuestra sociedad actual, debido a una desacertada u olvidada educación que nos permite aceptar convencionalismos rancios como verdaderos. En realidad, la vida durante toda la Edad Media puede resumirse en una lucha constante por sobrevivir.

En cuanto al rigor histórico, tenemos que aclarar varios aspectos: el primero se trata de los topónimos, que difieren en la misma época si analizamos diferentes documentos. El mismo caso encontramos en las fechas de algunos acontecimientos, lo que ha supuesto un duro trabajo de cohesión; por otro lado, tenemos los nombres propios de personajes históricos, entre los que encontramos apócrifos que, por no tener constancia de la denominación real, utilizaremos sin duda; finalmente, está la transcripción del árabe, que hemos procurado adaptar al castellano con objeto de facilitar su lectura. Para todas estas cuestiones, nuestra solución ha sido el sentido común y el dinamismo de la narrativa.

Con tal de dotar a la historia de mayor realismo, hemos decidido utilizar topónimos y otras palabras en latín y árabe, según la visión de cada cultura. Incluso un concepto puede tener diferentes acepciones dentro del mismo ámbito. Por todo esto, y para hacer más cómoda la comprensión de tales términos, ponemos a disposición del lector un glosario del que estamos seguros dará cada vez menos uso conforme avance en la trama. A su vez, hemos confeccionado unos mapas, asunto anacrónico pero de gran utilidad, que ubicarán, sin duda, el contexto espacial con mayor rapidez, en una triple perspectiva: andalusí, galaico-astur y franca.

A pesar de estar inmersos en una época concreta, que hemos respetado rigurosamente, no debemos olvidar que esta obra es, en definitiva, una novela. Esperamos que la disfruten tanto como nosotros.

## EL MARCO HISTÓRICO

A principios del s. VIII, la Península Ibérica fue conquistada y dominada por los musulmanes. La mayoría de sus habitantes se convirtieron al islam, mientras que otros se refugiaron en las angostas y grises montañas del norte, donde unos débiles reinos acababan de surgir.

Los nuevos dueños de Hispania la llamaron Al-Ándalus y pusieron su capital en *Qúrtuba*. Tras medio siglo de luchas internas, la llegada de los Banu Umayya y la ruptura con el Califa de Bagdad procuraron prosperidad a aquella tierra bañada por la sangre de la traición y la guerra. Las ciudades andalusíes resurgieron y se convirtieron en florecientes bastiones frente a los francos y los rebeldes norteños: sus enemigos. Sin embargo, la semilla de la ambición crecía entre los poderosos de las tres grandes marcas.

Fue en el s. IX, durante el inicio del reinado de Abd al-Rahmán *el Segundo*, cuando en la *Marca Superior*, que comprendía *Saraqusta* y sus alrededores, la familia de los Banu Qasi se alzó entre las demás mediante la argucia y el hierro; en la *Marca Media*, *Tulaytula* se erigió en perfidia y declaró su rechazo a los Banu Umayya de *Qúrtuba*; lo mismo ocurrió en *Márida*, el corazón de la *Marca Inferior*, cuando sus habitantes depusieron a su gobernador y lo encerraron. El sueño de Al-Ándalus se hacía añicos, aunque sus mayores rivales ni siquiera podían aprovecharse, debido a sus propios problemas.

El emperador de *Frankia*, Ludovicus, se hacía rodear de religiosos para que lo aconsejasen. Su figura carecía de la gloria y el reconocimiento de su propio padre, el Gran Karolus, y la mitad de su reino miraba a su hijo Lotharius, el heredero, como legítimo señor. A las tensiones entre los nobles francos se sumaban los ataques que el *Imperium* recibía en el norte, por parte de rebeldes sajones y fieros *nordmanni*, que saqueaban las costas sin compasión.

Entre toda esta bruma de caos, sangre y poder, surgieron los pequeños reinos del norte peninsular. Los astures, galaicos y vascos hacían frente a las embestidas cordobesas, aliándose con sus montañas y cargando con la pena y el orgullo, para levantarse de entre sus cenizas tantas veces como fuera necesario. El rey Adefonsus *el Segundo* guiaba a sus ejércitos en el noroeste, por las fronteras del *Asturorum Regnum*, y la familia Aritz (Arista) intentaba hacer lo propio en *Pampilona*.

Además, la peste y el hambre campaban a sus anchas por toda la Península, signos por los que muchos religiosos de la época vaticinaron el Juicio Final...

*Antes de que vaya para no volver,  
a la tierra de tinieblas, y de sombra de muerte...*

Job 10:21



## CAPÍTULO 6 UNA LEJANA ESPERANZA

Alrededores de *Márida*, cerca de *Al-Husayn*,  
*Al-Tagr al-Adna* (Marca Inferior de Al-Ándalus).  
*Muharram* (febrero), año 217 de la Hégira (832 d.C.).

Los oscuros nubarrones se habían formado hacia el sur. Una veintena de exploradores, pertrechados con ropajes púrpuras, cabalgaba en columna por la calzada. Sobre ellos, casi a la cabeza de la partida, se alzaba el pendón morado de la tribu bereber de los Masmuda. Faltaba poco para llegar al antiguo puente de piedra que había junto al *hisn* de *Al-Husayn*, una pequeña fortificación que vigilaba uno de los pasos del norte de *Márida*. Grandes campos de cultivo se extendían a ambos lados del camino, como mantas gigantescas de distintos colores terrosos, entre los que aparecía, de vez en cuando, un tímido bosque. Los labradores comenzaban a recoger sus aperos, apresurados, pues el sol se cubría tras las nubes y la brisa de la tarde cesaba: iba a llover.

Después de unas millas de cabalgada al trote, aparecieron las primeras gotas y, al poco tiempo, el agua cayó con fuerza y empapó a los jinetes. El viaje había transcurrido tranquilo hasta que divisaron un cuerpo junto a la vía, apoyado sobre un olivo seco. Yamílah ibna Abd al-Yabbar, la mujer que lideraba la partida de exploradores, alzó un brazo para que sus hombres se detuvieran y lo movió en círculos para que algunos vigilaran las inmediaciones.

No era corriente que una doncella guiase a un grupo de hombres. De hecho, ella misma ignoraba si alguna fémina se había encargado de tal tarea en el pasado. «Las diosas antiguas de los paganos, quizá», pensó. Sin embargo, no solo llevaba en la sangre el buen manejo de las armas por ser hija de su padre, sino que tuvo que aprenderlo por necesidad. En aquel mundo cruel, había crecido confiando únicamente en su espada y en su hermano, y de

esa forma se ganó el respeto de quienes la rodeaban.

Se acercó sobre su yegua azabache, cautelosa y al paso, hasta el desconocido cabizbajo que, espalda contra el viejo tronco, era resguardado por las inertes ramas. Se trataba de alguien de cierta edad, con una barba cultivada y el pelo castaño peinado hacia atrás, humedecidos por el chaparrón. Su rostro mostraba serenidad y, de no ser por la brecha reciente de su frente, habría parecido que dormía con placidez. La capa de viaje estaba calada y desgarrada. Cerca, una espada yacía en el barro, brillante ante las gotas de lluvia que lavaban, suavemente, la sangre y el lodo impregnados en la hoja.

— Mi señora — dijo Amín, su mano derecha —, hay otros cuerpos entre aquellas rocas. — Señaló tras el árbol.

— Traedlos ante mí — ordenó ella con voz firme, mientras se apeaba de su montura.

Yamílah se aproximó al extraño para inspeccionarlo con mayor detenimiento. Se agachó, desenfundó una daga larga y la puso junto a la boca del herido; en breve, el vaho corroboró que seguía con vida. La capa estaba sujeta con un broche labrado, que reconoció gracias a las enseñanzas de su marido. Se trataba del símbolo del difunto rey de los francos, Karolus. Con la misma arma apartó la prenda y contempló con admiración una insólita armadura. Jamás había visto nada parecido: una loriga recubierta por completo de escamas metálicas. Se levantó rápidamente y llamó a sus hombres.

«Lo haré por mi hermano. Esto debe ser lo que lleva esperando durante tanto tiempo...».

— Tenemos que llevarlo a *Márida* cuanto antes — dijo tras volver junto a su yegua —. Necesita cuidados, y debemos averiguar su identidad y propósito.

En ese instante apareció el resto de su grupo, cargando con tres cadáveres. Uno de ellos parecía un acompañante del herido, y los otros dos eran bandidos.

«Tan cerca de la ciudad... Parecen oler los problemas ajenos».

— Colgad a los malhechores — ordenó —. Las aves carroñeras les darán sus funerales. Que sean ejemplo para quienes amenazan nuestros caminos.

El otro difunto fue enterrado a pie de calzada, bajo unas piedras. Ninguno de los presentes era cristiano, así que poco pudieron hacer por honrar su memoria. La lluvia no cesaba, el extranjero parecía empeorar sobre la montura y quedaba un largo trecho



hasta la ciudad: no había tiempo que perder.

\* \* \*

Era noche cerrada cuando los jinetes alcanzaron la puerta norte. Los guardias patrullaban las enormes murallas que rodeaban la ciudad y las calles estaban vacías. El barro salpicaba ante el paso de los caballos, que hundían sus pezuñas en grandes charcos. Mientras llegaban al palacio del *walí*, tras atravesar el gran arco de piedra, el chaparrón comenzó a amainar hasta detenerse. El edificio, un antiguo templo pagano, se erigía en el centro de la *madinat* y estaba fuertemente custodiado por los hombres de los dos gobernadores actuales. Ibn Bazí, el señor de *Márida*, estaba recluido y vigilado en una pequeña casa aneja. El Emir de *Qúrtuba* lo había enviado para poner orden y traer prosperidad a *Márida* pero, apenas hubo cruzado las puertas de la ciudad, fue capturado y sus custodios pasados por el filo. Ahora, Mahmud ibn Abd al-Yabbar y Suleymán ibn Martín ostentaban el poder con justicia, anhelando el futuro glorioso que correspondía a aquella urbe.

Los soldados dejaron pasar al séquito de Yamílah, bajando sus cabezas en señal de respeto. El franco, inconsciente, era transportado en unas parihuelas improvisadas.

—Llevallo ante Samir —comandó ella—. Que lo examine y le proporcione todos los cuidados necesarios.

El grupo con el herido tomó un pasillo diferente a la mujer, quien subió las escaleras y se adentró en una de las salas de la planta superior. El olor a tierra húmeda impregnaba el frío ambiente, a pesar del hogar que ardía en la estancia. Había restos de comida sobre la mesa principal, junto a algunos legajos, un tintero y una pluma. Asomado a una ventana, un hombre fornido contemplaba la noche estrellada después de la tormenta sobre la ciudad dormida. No veía su rostro, aunque sabía que tendría la mirada perdida, como siempre, observando más allá del mundo algo que sólo él podía divisar. Yamílah dio un respingo, empapada y helada. Se ajustó la capa al cuello y se acercó al anfitrión, que se dio la vuelta y la recibió con una afectuosa sonrisa. Tenía una barba oscura bien cuidada y el cabello ceñido por una cinta de cuero, con las facciones llenas de vigor. Sus brazos se abrieron para recibirla en su pecho.

—Hermana... —La abrazó fuertemente cuando ella se acercó—. Cada regreso tuyo, sana y salva, es como una bendición.

—Traigo noticias urgentes, Mahmud. —Lo apartó cariñosa-

mente y lo miró a los ojos, cautelosa—. Creo que hemos recibido una respuesta de los francos...

—¿Crees? —La acompañó junto a la chimenea, que ardía débilmente, tras advertir su piel de gallina. Mahmud se dispuso a avivar la hoguera: echó unos pequeños troncos y agitó con vehemencia un soplillo de esparto, lo que provocó una hermosa lluvia incandescente, un agradable crepitar y el resurgir de reconfortantes llamas.

—Hemos encontrado a un hombre herido que porta el símbolo del rey Karolus... —comentó Yamílah, acercando sus manos al calor del hogar.

—¿Un emisario después de tanto tiempo? —dijo él, incrédulo aunque interesado.

—No deberíamos precipitarnos, podría ser un mercenario que ha robado una hermosa loriga...

—Eso no lo sabremos hasta que se recupere. —La miró con el rostro iluminado. Sus ojos brillaron, oscuros, con el fuego y la ilusión reflejados en ellos.

—Hemos estado esperando ayuda desde hace muchas lunas —reconoció ella con la mirada perdida—, y únicamente han llegado cartas ambiguas desde entonces. No te hagas ilusiones, solo podemos confiar en nuestros muros y en nuestras gentes.

Mahmud cogió un odre con agua y rellenó un cuenco que ofreció a su hermana.

—Por ahora, sacia tu sed. Has recorrido un largo camino. ¿Qué noticias traes de los *husún* del norte?

La muchacha agitó la cabeza con resignación.

«¿Cómo hemos llegado a esto?».

—Excepto *Sant Qurush*, las fortificaciones septentrionales están muy deterioradas. En *Qasras*, la población se ha refugiado y apenas hay espacio para todos. El primo Asbag ha contratado a albañiles para reforzar las estructuras, pero casi no dispone de medios para hacerlo.

—Pues es muy necesario que lo hagan —pensó Mahmud en voz alta, rascando su barba—. Tendremos que enviarle cuanto precise.

—En *Abú al-Qurq* —continuó ella—, las casas ya han sido abandonadas y la pequeña guarnición que protege el *hisn* pronto hará lo propio. Los habitantes han huido hacia *Qasras*, al amparo de Asbag. Allí no correrán peligro... —Bajó su mirada—. Será nuestra querida *Márida* quien sufra la cólera del Emir...

—Lo esperaremos y se estrellará contra nuestras murallas

—dijo Mahmud, y chocó puño contra palma—. El herido puede ser la clave de nuestra victoria, hermana. Si los francos nos enviasen sus ejércitos...

—¿Crees que los cristianos del norte lo consentirían? —La voz Yamílah sonó incrédula, abatida—. ¿Dejarían que un ejército extranjero cruzase sus tierras? Y luego, tras vencer a *Qúrtuba*... ¿Qué? ¿Nos someteríamos a los cristianos? A veces pienso que Suleymán es un soñador, un demente que ha conseguido insuflarte su locura...

—¡No hables así de tu marido! —exhortó Mahmud, enfadado, poniéndose en pie—. Escuchará lo que nuestro nuevo huésped tenga que decir y dará su sabio consejo. Además, llamaremos a Ariulfus, que está en contacto con los cristianos del norte y podría convencerlos para que dejen pasar a los francos.

Yamílah se levantó, regresó junto al alféizar y se arrebujó llena de inquietud. Siempre anteponía los intereses de su amada ciudad, aunque deseara el perdón de *Qúrtuba* con toda su alma. Entonces suspiró y habló de nuevo antes de girarse hacia su hermano.

—Sabes muy bien que deseo la paz más que nadie. Bastante ha sufrido nuestra gente con los altos impuestos del Emir, que prefiere estudiar poemas y costumbres de tierras lejanas, antes que preocuparse por su propio pueblo. —Avanzó lentamente hacia Mahmud, frotando sus manos encallecidas—. Sin embargo, es imposible que los francos acudan a nuestra llamada, a pesar de esas patéticas epístolas que recibe Ariulfus. Quieren que nos rebelemos para que *Qúrtuba* no ponga la vista en sus tierras, pero jamás vendrán a apoyarnos. Estamos solos, hermano, y eso no va a cambiar...

Mahmud golpeó la mesa con fuerza y negó con la cabeza, intentando resistirse a la realidad. Después de unos instantes de silencio, el gobernador habló con voz pausada.

—Yam, ve y descansa. —Parecía que él necesitaba lo mismo—. Si el franco despierta mañana, lo escucharemos y espero, por nuestro bien, que estés equivocada. Que Dios nos asista.

Mientras bajaba las escaleras que conducían a la planta inferior, Yamílah vio salir a Samir, *el Médico*, de una de las habitaciones. El viejo erudito conservaba el canoso pelo, y una rala barba blanca cubría su escaso mentón. Sus dedos finos y llenos de manchas, con las yemas ennegrecidas por el trabajo, aparecían tras las mangas de una túnica morada, añeja y desgastada. La muchacha se acercó a él

y lo saludó cordialmente. Luego, viendo la tranquilidad que desprendía el anciano, esperó a que hablase sobre el herido.

—Mi señora... —La voz le temblaba, decaída por la edad—. Vuestro acogido tiene un buen golpe en la cabeza, necesita reposo. Ha preguntado dónde está y cómo ha llegado hasta aquí. Le he dado lavanda, menta y romero en infusión, para que concilie el sueño y pase mejor el dolor.

—Gracias, Samir. Que Dios esté contigo. —Se despidió con respeto.

—Mi señora, yo conozco a ese hombre. —La frenó antes de que abandonase el lugar—. Habéis hecho bien en traerlo, pues es un importante enviado de la corte de los francos. —Sonreía, limpiándose las manos con un trapo sucio—. Parece que Dios nos ha escuchado.

Yamílah no articuló palabra. Negó con gesto reticente y volvió a salir a las empujadas calles que circundaban el palacio.

«Si Samir tiene razón, puede que *Márida* tenga salvación. Ahora que la desgracia está tan próxima, ¿habrá sido Dios misericordioso con nosotros?».

El galeno era tan escéptico como ella, pero la aparición de aquel antiguo conocido había agitado la confianza en su interior.

Sus hombres la esperaban detrás de la salida del palacio. Estaban todavía subidos en sus extenuadas monturas, así que los liberó con afabilidad. Deseaba llegar a su casa, estar a solas y pensar con calma.

Cuando alcanzó la puerta de su hogar, vio que estaba entreabierta. La ciudad era segura; no obstante, su marido era demasiado importante para descuidar de aquella manera su integridad, pues el Emir tenía ojos y manos por todo Al-Ándalus. Se adentró en la habitación principal y, junto al fuego, le aguardaba su esposo, Suleymán ibn Martín. El hombre, un curtido guerrero de edad avanzada, leía unos documentos con dificultad. Mostraba una calva morena entre cabellos grises y un rostro completamente afeitado. Dejó los pergaminos sobre una mesa y la recibió con una grata sonrisa.

—Bienvenida a casa, pequeña —sonó su ronca voz—. ¿Ha ido todo bien?

—No deberías dejar la puerta abierta, alguien podría...

—Cosas de la edad —bromeó Suleymán—. Sabes que me gusta el olor y el sonido de la lluvia.

—Hemos encontrado a un franco herido. —Yamílah no se andu-

## Capítulo 6: Una lejana esperanza

vo con rodeos al despojarse de la capa.

—¿Un franco, dices? ¿Está grave? Debemos informar a Ariulfus de inmediato —dijo incorporándose.

«Qué tendrá la esperanza que reaviva los corazones, incluso si proviene de tierras tan lejanas».

—Por lo que a mí respecta lo habría dejado desangrándose, pero sabía que no me lo perdonaríais. Tranquilo, se recuperará.

—Tengo que verlo de inmediato. —Suleymán fue en busca de su embozo, pero Yamílah lo detuvo posando una mano en su hombro.

—Comprendo tu anhelo, Suleymán. Sin embargo, no debes molestar al extranjero a estas horas. Samir ha dicho que debe descansar. Mi hermano y tú lleváis mucho tiempo esperando esto, así que mañana escucharemos lo que tenga que decir. Ten paciencia por ahora. Si me disculpas, voy a asearme y a dormir. Estoy agotada.

Yamílah besó a su marido en la mejilla. Cuando ambos rostros se separaron, ella contempló los ojos verdes de Suleymán, admirándola con orgullo e ilusión. Luego, la muchacha entrecerró los párpados y gimió mientras ponía rumbo a sus aposentos. Estaba cansada, no tanto por la larga cabalgada por el norte, sino debido a aquella situación de incertidumbre que vivía *Márida* desde hacía más de un año. Era como esperar la muerte de un familiar que agoniza postrado en un camastro: los días se hacían estaciones.

Tiempo atrás, los impuestos cordobeses comenzaron a ser insoportables en toda la región, y el ascua de la rebelión se prendió. Ella instó a sus allegados para que alcanzaran un trato justo con *Qúrtuba*, y al final todo se torció por culpa de aquel caprichoso *walí*, Marwán ibn Yunus. El susodicho puso su lasciva mirada en Yamílah. Al principio, la agasajó con costosos presentes y hermosas palabras pero, desesperado ante la constante negativa de la joven, le lanzó una acusación de incesto y sodomía ante los faquíes. Pretendía de esa forma acabar con el caudillo de los Masmuda, que se perfilaba como uno de los cabecillas de la revuelta, y esclavizar secretamente a Yamílah para que cumpliera sus deseos más ominosos. Para evitar que la situación desembocara en el desastre, Mahmud y Suleymán acordaron una solución, y éste se propuso como amante y candidato a desposarla, sólo para acallar los rumores.

«Ha sido un buen hombre. Cualquiera otro habría exigido sus derechos», pensó al arrebujarse entre las mantas, recién bañada.

El enlace apaciguó los ánimos por un tiempo. Marwán, en cambio, continuó conspirando entre las sombras, con el rencor por estandarte. Después de espiarlos, el gobernador de *Márida* inculpó el matrimonio como falso y no consumado y, antes de que los religiosos decidieran anularlo, Yamílah fue capturada y encerrada en el palacio. El insulto a Suleymán no quedó sin respuesta. Fueron momentos terribles y de mucha angustia, aunque aquella misma noche, antes de que Marwán pudiera ponerle una mano encima, estalló la revuelta en la ciudad y el *walí* fue decapitado a las puertas de su propia vivienda. Mahmud se abrió camino entre los guardias hasta Ibn Yunus y le cercenó de un limpio tajo la cabeza, ante la pávida mirada del joven nieto del gobernador.

«A él no le gusta recordarlo pero, cuando me liberó, vi la furia en sus ojos y la sangre en su espada. Al menos, pude impedir que matara al pobre huérfano».

*Márida* se rebeló abiertamente desde entonces y, hasta el momento, *Qúrtuba* no había podido doblegarla. Así comenzó su nueva vida, rodeada por los dos señores de la ciudad. No podía quejarse del trato que su marido le ofrecía. Suleymán no era joven como ella; tampoco un hombre decrepito como Samir. A pesar de su carisma, Yamílah no se sentía atraída por él. En realidad, nunca había conocido a un hombre que le resultase interesante. No era indiferente ante los torsos desnudos de los herreros que trabajaban en las fraguas cercanas a la mezquita, ni cuando las miradas de los mozos curtidores se posaban en ella. Sin embargo, no había sentido amor. Solía leer historias pasionales, alegres y trágicas, pero no experimentaba cuanto en ellas se describía. Era feliz junto a su hermano y, a su manera, con Suleymán. El hecho de ser la líder de los exploradores emeritenses la complacía por encima de cualquier cosa: percibir la calidez de su montura, el tacto del cuero de la empuñadura de la espada y el viento en el rostro al cabalgar, era todo un privilegio dada su condición de mujer. No existía otro lugar en el mundo excepto *Márida* para ella, y deseaba proteger lo que tenía con todas sus fuerzas. Por eso, la tristeza la consumía al pensar en todo lo que acontecería en breve. Aunque las robustas murallas ya habían resistido en más de una ocasión la cólera de los emires, Yamílah no podía evitar la inquietud al imaginar la aparición de las huestes cordobesas en el horizonte. Toda su vida había estado entre aquellos hermosos muros y las ricas tierras que los rodeaban. Conocía a la mayoría de sus habitantes y notaba el cariño de la gente en sus gestos sinceros, en sus semblantes agra-

## Capítulo 6: Una lejana esperanza

decidos, en las fragantes flores que lanzaban a su paso al cabalgar por sus ajetreadas calles. Aquel pueblo iba a padecer el hambre, la peste, la pena y la muerte, y no podía soportarlo. Quería salvar a cada alma emeritense, evitar a toda costa el enfrentamiento con *Qúrtuba*.

«De cualquier forma, incluso si pidiésemos el *ammán*, no aplacaríamos la ira de Abd al-Rahmán».

\* \* \*

El cielo amaneció con un color gris azulado. Las nubes negras se habían alejado, pero el paraje seguía teñido de tristeza. Yamílah se colocó una ropa cómoda y gruesa, apta para montar y sin ningún adorno. Salió de sus aposentos y descubrió que la casa estaba vacía. Su marido le había dejado un poco de cordero asado y pan en una escudilla, junto con un par de limones, sobre la mesa de la estancia principal. Tras el refrigerio, abandonó la casa y cruzó de nuevo las calles llenas de humedad.

Cuando llegó a la sala de audiencias del palacio, todavía mordisqueaba uno de los cítricos. El franco estaba de pie frente al sitial del gobernador, con porte solemne a pesar de los vendajes sanguinolentos que rodeaban su cabeza. Llevaba puesta la impresionante armadura y unos calzones de lino con ribetes de cuero. Presentaba un aspecto aseado, y parecía observar cada detalle de cuanto acontecía a su alrededor.

Además, habían acudido las personalidades más influyentes de *Márida*: Yajdiel *el Judío*, un taimado notable de mediana edad que conversaba con otros ricos comerciantes entre un mar de prendas de seda; Cornelius *el Romano*, que sujetaba su capa con fíbulas aquiliformes de bronce y observaba con interés al enviado franco, acariciando su afeitado rostro, rodeado de otros poderosos hombres de armas; también estaba presente Ariulfus, el joven obispo de los cristianos, con su barba de color castaño, alto y delgado como su báculo, que ostentaba un rico manto bordado en hilo de oro; Suleymán, cuyo porte rígido y marcial contrastaba con su afabilidad; y, por último, su hermano Mahmud, vestido con la cota de malla y la espada al cinto, sentado como un emir en el lugar principal.

«Hermano, Suleymán es tan gobernador como tú».

—Te estábamos esperando —dijo Mahmud—. Podemos comenzar.



Yamílah miró a su marido con aires recriminatorios por no haberla despertado con antelación. Él se limitó a encogerse de hombros y a dedicarle un gesto tierno.

«Odio que me trate como a una chiquilla».

Cuando el emisario comenzó a saludarlos, hablando en un árabe algo tosco aunque inteligible, los más jóvenes se asombraron. Aunque ninguno de los presentes desconocía la jerga latina, aquel detalle hizo brillar los pequeños ojos del obispo, llenos de esperanza.

—Para quien no me conozca, mi nombre es Arband de *Suessionum*. Soy un enviado del Emperador de los francos. Hace algunos años que tuve el placer de conocer esta noble ciudad, de la que me marché en contra de mi voluntad, pues sus gentes me acogieron como a un hermano. —Lanzó una mirada cómplice a Cornelius, que asintió solemne—. Ahora, regreso con desazón...

—Hizo una pausa, apesadumbrado—. Detesto ser portador de malas nuevas —continuó—, pero mi señor Ludovicus guerrea en sus propias tierras y no podrá acudir a vuestra llamada, pese a haber reunido un ejército para tal efecto. Reza todos los días una plegaria por las buenas gentes de *Emerita Augusta*, para que Dios os ayude a luchar contra vuestros opresores.

Hubo silencio tras escuchar aquella sarta de excusas. La alegría inicial comenzó a dar paso al desánimo. Suleymán apretaba los labios y negaba con la cabeza, disconforme. Ariulfus parecía rezar, asiendo su bastón con fuerza. Yamílah clavó sus ojos en Mahmud.

«Te lo advertí. Estamos solos».

—¿Y para eso envían aquí a un emisario? ¿Para negarnos la ayuda? —se preguntó Mahmud en voz alta, empachado de reproche.

—No es tal mi único cometido, mi señor. —Arband parecía justificarse—. Pensé que debíais conocer dicha circunstancia por las palabras de un franco, en lugar de leer otra escueta epístola. Sin duda, os lo merecéis. Pocos han osado desafiar al mayor poder de occidente, y os admiramos por ello...

—Escuchar o leer. Poco importa si el mensaje es el mismo. —Mahmud frunció el ceño—. Vuestra admiración no traerá más espadas a nuestra causa.

Después de un incómodo silencio, el gobernador se levantó de su silla y volvió a pronunciarse con voz solemne.

—Todo ha quedado claro. Nadie vendrá a auxiliarnos en esta



hora oscura. Debemos permanecer juntos y confiar en nuestra amada ciudad. Sus muros nos salvarán de todo mal. La defendemos con nuestras vidas, pues es nuestra tierra y nuestro hogar. Y si caemos, no será sin provocar una herida en nuestros enemigos de la que no puedan recuperarse. —Desenvainó la espada y la alzó hacia el cielo—. Lo juro por Dios *el Victorioso*.

Todos asintieron solemnemente. Suleymán puso su mano sobre el hombro de Mahmud infundiéndole ánimos, como viejos compañeros de armas que habían sido. Ariulfus sonrió con timidez, sin muestras de un pleno convencimiento. Todavía miraba con amargura al emisario.

Arband, tras estrechar el brazo de Cornelius con afecto, se acercó a Yamílah y la saludó.

—Mi señora, siento no haber traído las noticias que esperabais —dijo para disculparse—. Sólo quiero daros las gracias por salvarme la vida. En mis últimos pensamientos no cabía la posibilidad de que una mujer tan bella apareciese sobre un corcel, comandando a hombres, y me llevase hasta mi destino.

—El Profeta, bendito sea su nombre, nos enseña que es voluntad de Dios ayudar a los necesitados. —Ella se ruborizó.

—Si no me hubieseis recogido, ahora estaría muerto. A pesar de la triste pérdida de mi compañero, lo que dificulta en extremo mi regreso, me alegro de haber dado con alguien tan gentil.

«Sus movimientos al hablar, la cadencia y el tono de sus palabras... Sus modales son embriagadores. Debe ser alguien importante, pero ¿qué hará realmente aquí?».

—Prepararemos una pequeña escolta para vos, si la necesitáis, que puede guiaros hasta vuestro próximo destino.

—He de volver hacia las tierras del norte —comentó Arband—, entre las vuestras y el *Pirineo*. El rey Adefonsus me espera.

—¿También portáis malas nuevas para él, un hombre tan afortunado? —Por lo que ella conocía, el líder cristiano había derrotado a *Qúrtuba* en más de una ocasión y había logrado sostener su reino, pese a la desigualdad entre ambas fuerzas.

—Así es —afirmó Arband—. Sin embargo, yo no llamaría suerte al tesón y al coraje. Aquellas son tierras acostumbradas al desamparo, donde no es fácil sobrevivir. Allí, los hombres tienen corazón de hierro.

—De igual forma, *Márida* siempre ha estado sola. No somos tan diferentes...

En ese momento, los cuernos retumbaron en las murallas e in-

terrumpieron a la muchacha. Las campanas de los arrabales sonaron con desesperación, y la gente comenzó a gritar por las calles. Un guardia irrumpió, jadeante, en la sala y se dirigió a los presentes.

— ¡Mis señores...! — articuló entre bocanadas de aire —. ¡Los sirios ya han partido...! ¡Los *aynad* de *Qúrtuba* vienen hacia nosotros!

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de este capítulo por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2018, Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© 2018, Manium Aevum (Reinos Condenados). Salobreña (Granada).

Más información en: <https://www.reinoscondenados.com>

## APÉNDICES

# ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAJES

## A

– Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam: emir de Al-Ándalus durante los hechos que se narran en esta novela. Es llamado «el hombre más poderoso del Occidente».

– Abd al-Yabbar, *el Victorioso*: caudillo bereber de la tribu Masmuda, padre de Mahmud y Yamílah.

– Adefonsus, *el Casto, el Segundo*: vigoroso rey de los astures, a pesar de su avanzada edad, durante los hechos que se narran en esta novela. Ha sido objeto de conspiraciones internas y persecuciones por parte de los emires andalusíes. No tiene herederos directos.

– Al-Yabbar: ver Abd al-Yabbar.

– Amín: segundo al mando de los jinetes ligeros comandados por Yamílah.

– Arband de *Suessionum, el Franco*: emisario del emperador, fiel al Lotharius. Faramund es su hijo y el padre Hanne fue su compañero de juventud en sus viajes y misiones.

– Asbag de *Qasras*: líder bereber, miembro de la tribu Masmuda y primo de Mahmud y Yamílah.

## B

– Banu Umayya: «los hijos de Umayya», familia real cordobesa, descendiente de los califas sirios desplazados del poder oriental por los Banu Abbas a mediados del s. VIII.

## G

– Gran Karl: ver *Karolus el Grande*.

## I

- Ibn Bayyun: explorador emeritense a las órdenes de Yamílah.
- Ibn Bazí, *Manosdeoro*: funcionario al servicio de la Corte cordobesa, famoso por su eficiencia respecto a las finanzas.

## K

- Karolus, *el Gran Karolus, el Gran Karl, el Grande, el Viejo Rey*: Carlomagno.

## L

- Ludovicus *el Piadoso*: hijo de Carlomagno, ostenta el título de Emperador de los Francos a pesar de las pretensiones de su hijo Lotharius por hacerse con el trono.

## M

- Mahmud ibn Al-Yabbar, *la Serpiente*: hermano de Yamílah. Gobernador en rebeldía de Mérida junto a Suleymán ibn Martín.
- Marwán ibn Yunus: antiguo gobernador de Mérida depuesto por Mahmud y Suleymán.
- Masmuda: uno de los principales linajes bereberes de la Península, diseminado por la *Marca Inferior* y la *Marca Media*. A él pertenecen, entre otros, Mahmud y Yamílah.
- Muhammad ibn Rustum, *el Buitre Negro*: general de los ejércitos emirales y gobernador de la *Marca Media* de Al-Ándalus.

## S

- Samir de *Márida, el Médico*: anciano sabio emeritense versado en cuidados médicos, sirviente de Mahmud y Yamílah.
- Suleymán ibn Martín: co-gobernador de Mérida junto a Mahmud ibn Abd al-Yabbar.

## Y

- Yajdiel, *el Judío*: comerciante con gran influencia en Mérida.
- Yamílah ibna Abd al-Yabbar: personaje principal.

# GLOSARIO

## A

*Abú al-Qurq* Actual Alburquerque, municipio de Badajoz (Extremadura).

*Al-Alanh* Actual Alange (Extremadura).

*Al-Barraqa* Actual río Albarregas, que atraviesa Mérida (Extremadura).

*Al-Husayn* «El castillejo». Actual Aljucén (Extremadura).

*Al-Qanatir* Actual Garrovillas de Alconétar, en Cáceres (Extremadura).

*Amir* General al mando de hasta 5000 hombres en la organización militar cordobesa.

*Ammán* Perdón oficial del Emir a cambio de sumisión.

*Arwam* Plural de «rumí». Desde la perspectiva andalusí, referido a todo lo culturalmente romano o cristiano.

*Aynad* Plural de *yund*. Ejércitos emirales de origen sirio.

## B

*Banu* Plural de *ibn* («hijos de»), cuyo significado agrupa a familias con un antepasado común.

*Basmala* Fórmula ritual islámica que suele traducirse «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso», con la que suelen iniciarse las suras del Corán. Puede portarse en forma de amuleto.

*Brunia* Armadura franca hecha de escamas metálicas que era muy eficaz contra las flechas, lo que elevaba su coste muy por encima de las cotas de malla.

## C

*Chizya* Impuesto que pagaban los cristianos y judíos sometidos al islam para poder practicar su religión y recibir la protección de sus señores musulmanes.

## F

*Faqí* Sabio y experto en la exégesis islámica.

*Fatah* Esclavo o liberto, normalmente eunuco, con funciones domésticas en el Palacio del Emir. Un *Fatah al-Kabir* o Gran *Fatah*, ejercía el cargo de gran oficial en diversas áreas administrativas, acumulando gran poder y responsabilidad. El plural es *fityan*.

*Frankia* Territorio dominado por los francos, que se correspondería, entre otros países, con la actual Francia, Alemania, Países Bajos y norte de Italia.

## G

*Gallaecia* Entre los cristianos del s. IX, se solía asociar este término con el noroeste peninsular.

## H

*Hisn* Pequeña fortificación o torreón.

*Hispania* En el s. IX, denominación de Al-Ándalus por los cristianos del norte de la Península Ibérica y los francos. La propia concepción de los astures y galaicos como *romani* se diferencia de la visión de sus enemigos como *hispani*. Además, a partir del visigotismo de Alfonso II, se considera un territorio a recuperar por derecho.

*Husún* Plural de «*hisn*».

## I

*Ibn* «Hijo de». El femenino es «*Ibna*», y el plural «*Banu*».



## K

*Kunya* Elemento onomástico árabe que resalta la paternidad (Abú) o maternidad (Umm). A menudo suele reemplazar o complementar el propio nombre, pues confiere al portador un mayor respeto.

## M

*Madinat* Núcleo fortificado de una ciudad, tras cuyos muros se extienden los arrabales.

*Makkah* Ciudad santa del islam. Actual La Meca, en Arabia Saudí.

*Malak al-Mawt* El ángel de la muerte en el islam, que separa el alma del cuerpo.

*Manzil* Hostería para viajeros.

*Marca Inferior* Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el sur peninsular, con capitalidad en *Márida*. Las otras dos marcas fueron la *Superior* (*Saraqusta*) y la *Media* (*Tulaytula*).

*Marca Media* Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el centro peninsular, con capitalidad en *Tulaytula*. Las otras dos marcas fueron la *Superior* (*Saraqusta*) y la *Inferior* (*Márida*).

*Marca Superior* Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el noreste peninsular, con capitalidad en *Saraqusta*. Las otras dos marcas fueron la *Media* (*Tulaytula*) y la *Inferior* (*Márida*).

*Masgid* «Mezquita».

*Márida* Actual Mérida (Extremadura).

*Missi Dominici* Plural de *missus dominicus*. «Emisarios del señor».

*Missus Dominicus* «Emisario del señor». Cargo político-jurídico de raíces merovingias. Se trataba de un juez itinerante utilizado por Carlomagno para recordar a sus condes las leyes y voluntades del emperador por todos sus dominios. Normalmente los *missi* viajaban en pareja, formada por un señor laico y un señor eclesiástico.

*Mont Salut* Sierra de Monsalud, en Extremadura.

*Monte de Tarik* Actual Gibraltar.

*Munyat* «Hacienda», finca de descanso con jardines y huertas.

## N

*Nahr Ana* Río Guadiana.

*Narh Qúrtuba* Río Guadalquivir.

## P

*País de los Francos* Nombre dado por los hispanomusulmanes a todo el norte peninsular bajo dominio cristiano y al territorio dominado por los carolingios más allá de los Pirineos.

*Palacio* Centro político-administrativo fortificado y con baños privados, donde residía el Emir/Rey/Emperador y su familia.

*Pirineo* En el s. IX se denominaba así al conjunto de sistemas montañosos del norte de la Península Ibérica, desde los actuales Pirineos hasta la Cordillera Cantábrica.

*Pueblo Maldito* Se denomina así a los visigodos debido a una vieja leyenda.

## Q

*Qadí* «Juez». El juez supremo es llamado Gran *Qadí*.

*Qáid* Comandante, que tiene a su cargo hasta 1000 hombres.

*Qalat* «Fortificación».

*Qasr* Ver *Palacio*.

*Qasras* Actual Cáceres (Extremadura). También llamada *Hisn Qasras*.

*Qurán* «Corán».

*Quriya* Actual Coria (Extremadura).

*Qúrtuba* Actual Córdoba (Andalucía).

## R

*Rumí* «Romano», referido a todo lo culturalmente romano o cristiano, desde la perspectiva andalusí.

*Rumiyya* «Romana», femenino de *Rumí*.

## S

*Sahib al-Shurta* Jefe de la guardia de la ciudad.

*Sant Qurush* Actual Santa Cruz (Extremadura).

*Sayyid* «Señor».

*Suessionum* Actual Soissons, en Francia.

## T

*Tierra de los Muertos* Denominación de Hispania por los antiguos monjes irlandeses.

*Tudmir* Región asociada a la actual Murcia. Su nombre procede de un noble visigodo que pactó su independencia política con los musulmanes en el s. VIII.

*Tulaytula* Actual Toledo (Castilla-La Mancha).

## W

*Walí* «Gobernador».

## Y

*Yábura* Actual Évora, en Portugal.

*Yahud* «Judío».

*Yaliqiyya* Desde la perspectiva andalusí, denominación del norte peninsular. Especialmente Galicia, Asturias y Cantabria.

*Yamílah* «Hermosa».

*Yfranyya* Desde la perspectiva andalusí, territorio dominado por los francos.

*Yfriqiyya* Norte de África.

*Yund* Ejército emiral de origen sirio. Su plural es *aynad*.

*Yundí* Soldado perteneciente a un *yund*. Su plural es *yunud*.

*Yunud* Plural de *yundí*. Soldados pertenecientes a un *yund*.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de este capítulo por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2018, Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© 2018, Manium Aevum (Reinos Condenados). Salobreña (Granada).

Más información en: <https://www.reinoscondenados.com>